

Máximo Huerta

Intimidad improvisada



Máximo Huerta

[INTIMIDAD IMPROVISADA]



*Ilustraciones
del autor*

© Máximo Huerta Hernández, 2019
Ilustraciones de interior: © Máximo Huerta
Hernández, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Diseño de interiores: María Pitironte
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Sara Morante
Foto de autor: © David Olivas

Depósito legal: B. 6.824-2019
ISBN: 978-84-670-5422-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

[ÍNDICE]

Presentación. Desde mi mesa, 19

.

[INSTRUCCIONES PARA QUE LA VIDA NO SE TE ENFRÍE]

Caminante, sí hay camino, 27

La abuela de la calle Fuencarral, 28

Los «Porsiacaso», 30

Bienvenidos a Matrix, 32

Ligerita de ruedas, 33

Las gafas de verte, 35

Diez al día, 37

Una copa en Le Carillon, 39

Tierra, 41

Quítese todo, 43

Queridos vecinos, 44

Grandes ilusiones, 46

Baja el volumen, 49

Si te pica, te rascas, 51

Jóvenes y guapos, 53
Satán vive en el Gym, 54
Lo importante, 56
La familia bien, gracias, 58
Qué manía tienes, 60
Saca la pandereta, 62
Chicos malos, 63
El bar de siempre, 65
¡Esa puerta!, 67
Lo invisible, 69
El momento más feliz, 71
Cuñados y «enteraos», 72
¡Móvil, para qué os quiero!, 74
A tu edad yo..., 76

.

[CON UN POCO DE AZÚCAR...]

Departamento de recuerdos, 81
Malditos Petas Zetas, 82
Superhéroes en pijama, 84
La tele y yo, 86
Veinte años no es nada, 87
Hazte la cena, 89
La buena gente, 91
Abrígate, compañero, 92
Qué paliza, 94
Cucharas de plástico, 96
Vente al pueblo, 97

.

[A DOÑA LEO LE GUSTAN LAS PEONÍAS]

- Pierdo el tiempo, 103
 - ¡Oh, «Runners»!, 104
 - La flor de mi secreto, 106
 - Ese chico que pasea, 107
 - De cerdos y perros, 109
 - ¿Quieres salir conmigo?, 111
 - Guau, 113
 - Barriguitas, 115
 - Mi perra no tiene raza, 117
- .

[LOS GUIONISTAS DE LA VIDA NUNCA TIENEN SUFICIENTE]

- Se vende sofá, 121
- Barras de bar, 122
- La foto de tu ex, 124
- ¿Qué ha cambiado?, 126
- Instagram, 127
- Estoy en la terraza, 129
- La dictadura de Twitter, 131
- Papá, no corras, 133
- Sin datos, 134
- Elogio de la pereza, 136
- Orgullo y WhatsApp, 138
- Me gusta, 140
- Tienes un «e-mail», 142
- La mano en el fuego, 144

Postal de Navidad, 145
La realidad está en los zapatos, 148
Parece que fue ayer, 149
Galimatías, verás qué fácil, 152
El tiempo entre mentiras, 154
Historia de una foto, 156
Móvil, te detesto, 157
El cable del teléfono, 159
«¡Boom!», 161
Un catálogo de frikis, 163
Mi teléfono, 164
Consejos del mar, 166
Anestesiados, 168

.

[LA RIDÍCULA IDEA DE AMAR]

Los lugares amados, 173
Todos tenemos una canción, 175
Al otro lado de la cama, 176
Balada para un soltero, 178
Balada para un soltero (segunda parte), 180
La posibilidad, 182
Pastillas de colores, 183
La ridícula idea de amar, 185
Ya no somos niños, 187
No lo llames amor, 189
Amor para llevar, 190
La soledad sonora, 192
Cartas de amor, 194
Te lo dije, 196

«Mamihlapinatapai», 198
El amor engorda, 200
Arqueología del amor, 202
«Stranger Things», 204
La ansiada ilusión, 206
Memoria y tatuaje, 208
La realidad, 209

.

**[— UN LIBRO HABLA DE TI.
— Y DE NOSOTROS TAMBIÉN.]**

Cicatrices, 215
Melocotón 69, 216
Cásate conmigo, 218
París no se acaba nunca, 220
Sedúceme, 222
La primavera de Ana, 223
Pirata no, ladrón, 225
Sexo para llevar, 227
Un poco desordenado, 229
Solo palabras, 231
Una máquina de escribir, 232
Con las manos torpes, 234
Con ustedes, la infancia, 236
Fantasía a tutiplén, 238
La vida soñada, 240
Con cien columnas por banda, 242
La erótica del desayuno, 245
La vida en una dedicatoria, 246
Ocho apellidos y más, 248

Envidia cochina de la buena, 250

Ha sido niño, 253

Elige tu propia aventura, 255

Gracias, 257

.

[AS TIME GOES BY]

Vivir de cine, 263

Por favor, cállate, 264

Almodóvar y *Julieta*, 266

Paparruchas, 268

Quiero saber de ti, 270

Un año ajetreado, 272

¡Sube a casa!, 273

Año de nieves..., 275

Canta conmigo, 277

.

[EL PESO DE LA VAJILLA DE PORCELANA]

Una casa, 281

Un lugar en el mundo, 283

Perdido como *Laika*, 284

Nosotros, los de entonces, 286

El extraño viaje, 288

Ser maestro, 290

Pisando fuerte, 292

A la luz de las velas, 294

La vida rápida, 296

El cruasán, 298
Disfruta por mí, 300
¡Mamá!, 302
El futuro es ayer, 303
Una palabra tuya, 305
Camino de lagartijas, 307
Dios era ella, 309
Cómo perder la cabeza en sencillos pasos, 311
El piano de Elsa, 313
Querida abuela, 315
Maldito Peter Pan, 317
«I love to love», 318
Papá, 320
Verano sepia, 322
Si se ha roto, no lo tires, 323
¿Cómo ves la vida?, 325
Hacer tiempo, 327
El cielo existe, 329
Bienaventurados, 331

.

Prefiero la vida, 335

.

Agradecimientos, 341

.

Procedencia de los artículos, 342

CAMINANTE, SÍ HAY CAMINO

«Todo se arregla caminando», dice César Antonio Molina en su novela. El andar de una persona nos muestra su forma de meditar, hablar o escribir. Grandes autores como Sócrates, Ovidio o Rousseau fueron caminantes, y así su escritura sigue el ritmo de este ejercicio mental. Porque, como dice el autor de este libro, caminar es una forma de pensar.

«Me voy a dar una vuelta», decimos a veces, queriendo decir «necesito pensar». «Salgo a la calle» es una excusa para perderse y analizarse. Yo (es el ejemplo más cercano que tengo, para qué buscar a otro) uso felizmente a mi perra para pensar mientras paseo. No sé quién pasea a quién. Y mientras huele árboles, husmea esquinas para mear o caga alegremente al borde de la acera, yo huelo ideas, husmeo novelas o cago problemas alegremente también al borde de la memoria. Mis paseos son sin música, necesito escuchar el tráfico, la cuenta atrás de los semáforos, el ruido de las calles o, en otro escenario más familiar, el agua de la orilla de mi playa, las palmeras aplaudiendo con el aire o las bicicletas silbando a mi lado. Me pierdo paseando. Y tiene razón Molina, caminar es una forma de pensar. El ensayo que ha escrito habla de grandes autores, aunque es como si hablara de nosotros, de los refugios que buscamos para evadirnos, de las pausas que hacemos al vagabundear o al airearnos de nuestras casas.

En los ratos libres que me deja mi actual trabajo hago lo mismo: pasear(me). Tengo la suerte de que puedo hacerlo una semana en la Quinta Avenida, en la londinense Baker Street o en las callejuelas de Tánger. Y hago lo que más me gusta: mirar. Imitando burdamente a Paul Bowles, a quien he recuperado con gusto, me siento a ver la vida pasar, inventando las vidas de la gente que no

conozco o buscando recuerdos de la mía. Esos veinte minutos en calles ajenas son el regalo a una larga jornada de rodaje, la descompresión a los malentendidos, el bálsamo para las ideas y el sedante de los problemas. Es lo que tiene viajar. No solo sellas la distancia con tu casa, también con la realidad más pesada. Ves las cosas como son, no como dicen. Aceptas el aburrimiento como algo agradable. Parfraseando a Cesare Pavese, viajar es una brutalidad, «te obliga a confiar en desconocidos y a perder de vista lo familiar. Nada es tuyo, excepto lo más esencial: el aire».

Y algo más prosaico, cambias de *trending topics* en tu Twitter. Ves la miseria de argumentos retuiteados, el apuro de algunos ante los nuevos dogmas, la penuria de los ídolos que se dan la vuelta como calcetines y la miopía de un país acrítico, incapaz de reflexionar y de digerir la información que nos dan.

Y en este momento en el que he parado de escribir y de pasear, me acuerdo de Mark Twain: «Viajar es un ejercicio con consecuencias fatales para los prejuicios, la intolerancia y la estrechez de la mente».

LA ABUELA DE LA CALLE FUENCARRAL

Hace días que no veo a la abuela que, sentada en un cajón, me pedía algo de cariño con la mirada. Estaba instalada entre la óptica y la tienda de café de la calle Fuencarral. Inerte. Abrigada. Callada. Sonreía de vez en cuando y, la mayoría de las veces, tragaba saliva al sentirse mirada bajando la cabeza.

Recuerdo su pelo blanco, su pañuelo atado al cuello, su rebeca gastada, sus zapatillas de lana. Era una mujer bella, pero su perenne expresión de tristeza, sus profundas arrugas, delatorias

de años y frío, y esa postura hermética pegada a la pared convertían esa belleza de madre anciana en un elemento incómodo. Una abuela solitaria pidiendo dinero. Una mujer de aspecto bondadoso tirada en la calle pasando frío. Una mujer de ochenta y cinco años que podría ser tu madre, tu abuela, y que debería estar en la mesa camilla de su casa con un café con leche caliente en las manos, tal vez viendo la tele, tal vez esperando a los nietos o dejándose querer por Navidad.

Por todo eso era violenta su presencia, porque desde la dulzura se adivinaba la puta vida. La puta vida de la gente sin hogar.

La abuela de la calle Fuencarral se llamaba Flor. Era uno de esos seres que te miran desde lo más hondo de su dolor, pero sin inquietarte, sin desafío. Su «gracias» sonaba tímido en acento rumano y su ligera sonrisa de agradecimiento era limpia. Limpia de verdad.

Alguna vez hablé con ella. Alguna vez le pregunté. Pero esa misma dulzura también iba acompañada de miedo, de silencio, y se adivinaba la red que, a cuatro calles de donde se sentaba, le pedía el dinero conseguido. No voy a escribir aquí lo que hice. No va de eso la columna. Va de asco, de indignación, de miseria humana. La que me generan los indeseables que, mientras dormía en otro portal envuelta en mantas, le dieron una paliza esta semana. Eran jóvenes. La molieron a palos en el estómago y en la cara. Le robaron sus cosas. Las cuatro cosas que puede tener una mujer de ochenta y cinco años que vive en la calle.

Flor fue atendida por una ambulancia del Samur y por un asistente social. Flor ha aparecido en todos los medios con sus ojos morados y su pañuelo anudado al cuello. Flor ha puesto cara a la violencia y ha sido espejo de la crueldad humana. Flor solo era

pobre, vieja y pedía en la calle. Flor ya no está en su cajón, entre la óptica y la tienda de café. Flor ya no pide, ni te mira, ni te espera pegada a la pared. Flor ha desaparecido del barrio.

Ha llegado el invierno. Hace frío en su rincón. Aunque no puedo evitar escribirlo: el pecho de esos jóvenes que la apalearon es infinitamente más gélido que el peor de los inviernos.

Nota final: el odio al pobre no es un hecho aislado. La gente sin hogar no solo aguanta el frío y las condiciones adversas. También son víctimas de agresiones. Un 42% de las personas sin hogar han sido agredidas alguna vez. Como Flor, hay cuarenta mil hombres y mujeres durmiendo en las calles.

LOS «PORSIACASO»

Hago y deshago la maleta con la agilidad de mi perra cuando sale a mear. Huele, elige árbol y chimpún. Antes, cuando salía de viaje, me hacía una lista, metía la ropa que quería llevar y luego varios *porsiacasos*. Y resultaba que estos últimos —los famosos *porsiacasos*— ocupaban más que el resto de necesidades.

Viajar ligero de equipaje es mucho mejor.

Podría haber construido la frase anterior de manera subordinada y con algo de Coelho para que hagan camisetas y libros de citas, pero es así de simple: viajar ligero es mejor. Ando rodando un programa para TVE a lo Paul Bowles y me he empadronado en mi maleta; se ha convertido en mi compañera de nuevo. Digo «de nuevo» porque cuando salgo de gira con las novelas, ella, mi maleta, es mi compañera fiel. Tanto que creo que acabo entablando conversaciones. Yo creo que me conoce y me habla en los aeropuertos. No hago una «oda a la maleta» porque no tengo todavía

esa entidad que tienen los grandes escritores que amontonan frases grandilocuentes sobre la nada, ni —sobre todo— arrojando para empezarla. Me gusta contar historias, sin más. Lo otro es una habitación barroca. En fin, hablaba de mi capacidad de eliminar trastos. Tal y como han pasado los años, los kilómetros y los viajes, vas reduciendo equipaje, echas menos prendas, cargas menos trastos y resumes tu vida como acortas el currículum. Al principio pones hasta las prácticas en la hoja parroquial de tu pueblo; con los años, queda una simple frase. Con la maleta, igual. Y con las circunstancias, también.

La importancia que le damos a algunos asuntos de la vida es tan excesiva que se convierte en los *porsiacasos* de las maletas de viaje. La adolescencia se pasa, y también cae el peso que se le da a las mochilas vitales. Me gusta viajar sin peso. He ido quitando kilos como cuando haces limpieza de Facebook. Qué prosaico. Acabas contando a los amigos con los dedos de una mano y el resto son *porsiacasos*. Sin acritud. Por si acaso sales de fiesta, por si acaso tal y por si acaso cual. Los amigos, los de verdad, viajan en tu móvil y en tu maleta, en la real. Esos son los que se alegran de tus satisfacciones y sufren con tus problemas. Son más que los dedos de una mano —pero como es una expresión que se usa, pues la uso— y estoy orgulloso de ellos.

Ahora, mientras deshago una maleta y preparo la siguiente, recibo varios mensajes que me desean buen viaje. Es en esos remitentes en los que pienso cuando me toca apagar el móvil ante el aviso del piloto. Es en esos en los que pienso cuando regreso y es a esos a los que envío fotos desde el destino de película. La maleta es la piel, la que escuece, la que vuelve desgastada, la que suma kilómetros, la que viaja siempre contigo. Conmigo.

BIENVENIDOS A MATRIX

Te compras una revista para sentarte en la playa y empiezas a meter tripa al mismo ritmo que pasas las páginas. Es un hecho. Miras de reojo la caña fresquita que hay sobre tu mesa junto a las patatas bravas que ha traído un generoso camarero y sientes la culpabilidad del hereje que se excita con lo diabólico. La revista avanza sobre tus piernas ofreciendo cuerpos prietos y magros que posan en bañador y tirantes. Algunos están enjutos, secos y lamidos como marcadores de página. Otros, macilentos y huesudos como escurridas serpentinatas de cotillón. El cinturón de tus vaqueros quisiera vocalizar la palabra «ENVIDIA» con sus siete letras, pero lo aprisionas con la postura, cruzando piernas, y no le dejas que abra la boca. La cerveza se calienta frente a ti porque es una señal inequívoca de lo prohibido. Las patatas, al revés, se enfrían, y el sol derrite la salsa mayonesa. Piensas que cuando la acabe de sofocar sería un buen momento para fingir que no te interesa la tapa y salir disparado a pasear con paso ligero. Muy ligero. Militar. Sin embargo, sigues pasando páginas de la revista con una pelusa que empieza a ser punzante y entras en un universo Matrix en el que nadie es como esos hombres que te muestran.

Pienso ahora en las mujeres que se alarman de sus tallas y que, justificadamente, se quejan de que las quieren siempre perfectas. ¿Habéis visto, compañeras de la tela prieta, cómo nos ponen a nosotros en las revistas masculinas? ¿Six-pack en una semana? ¿Bañadores minis? ¿Ejecutivo *cool*? ¿Creéis que esto solo os pasa a vosotras? Venga ya. Paparruchas. La dictadura del físico está en ambos sexos y ambos nos vemos proyectados hacia la perfección inexistente. Esos Jon Kortajarenas, Juanes Betancourt

y esos otros hombres de pecho amplio y sellado con pezones duros como tapones nos quiebran la hiel. «Nunca serás uno como nosotros», te dicen entre dientes. Y se ríen de ti en la página siguiente. Jajajaja (léase esto con eco de ultratumba).

Con los ojos llenos de sangre, paso otra página de la misma revista y veo a los eternos adolescentes saltando en las fotos con un descuidado perfecto y enseñando un ombligo prieto como la piel de un tambor de Calanda. Lo miro y supongo que tuve uno similar en los ochenta, cuando fui al colegio y tiraba de mochila de Naranjito. En fin.

Llora como rollizo lo que no supiste defender como delgado.

El paseo con mi perra me relaja. No por ella, que me lame las heridas y me come la cara, sino porque cada vez que avanzo en el paisaje descubro la realidad. La democracia no está en esa revista de dos letras que me he comprado para entretenerme, está en la orilla del mar, donde los primeros bañistas del año disfrutan de sus lorzas y de sus figuras verdaderas. La democracia transversal no son esas fotos de niñatos que fingen ser ejecutivos, es la gente real que usa el bañador del año anterior y se mete en el agua feliz. Que suenen los tambores de Calanda, por favor. Os dejo, que me voy a por una caña fría.

LIGERITA DE RUEDAS

Uno de los momentos más felices de la vida es cuando sales del avión y corres hacia la cinta circular que escupe las maletas. «¡Esta es la mía! ¡Coge esa! Disculpe, ¿me deja?». Y luego arrastras el equipaje directo al hotel con esa alegría tontuna que te pinta la cara porque empieza el viaje.

Ejem. (Toso para no escupir bilis en lugar de palabras). Ejem. Ejem. Resulta que esa cara de tontería pasa a cara de tonto cuando ves que todos los pasajeros cogen su maleta y tú, infeliz, sigues mirando hipnotizado la cinta transportadora. Las maletas salen, la tuya tarda. Tarda mucho. Demasiado.

En ese tiempo de martirio circular te empiezan a doler los tobillos, te mueves hacia otra cinta lejana creyendo que puedes haberte equivocado, miras el número de vuelo de tu billete y a la gente que volaba contigo, que ya arrastra la suya hacia la salida. Benditos, piensas. No sabéis cómo os envidio.

La sala va quedándose vacía como el *casting* de un *talent show* televisivo, y en este caso no quieres ser el ganador. Aquí no hay llamada del presentador ni comodín del público. Te muerdes el labio. Cruzas los dedos. Rezas. Toses nervioso. Carraspeas. Miras la boca metálica que escupe *samsonites* como si desearas que te vomitara encima cualquier cosa. Tu maleta no sale. Y la cinta ya da vueltas solitaria. Parece que frena. *Stop*. Ha parado. Se acabó. Cero maletas. Lloras por dentro. Luego viene la rabia. Rellenas los papeles y sales del aeropuerto hacia el hotel como alma en pena del infierno de Dante.

Entonces empiezas a pensar en calcetines, calzoncillos, alguna camisa, otro pantalón, un cargador del móvil, las zapatillas, el cargador de la cámara, el traje del trabajo, un desodorante y esos etcéteras como el omeprazol, el ventolín y los ibuprofenos. Una farmacia, un supermercado y Amancio Ortega pueden salvarte de todo el marrón.

(Cinco días después, Berlín. Como en las películas de Almodóvar).

—Señor don Máximo Huerta (me llamo así, con la «o»; se perdió también cuando presentaba en Canal 9 y estoy por recuperarla a lo *Gladiator*).

—Dígame. Soy yo. —Todo esto en inglés malísimo, como el que solemos tener los españoles.

—Tenemos la maleta en recepción. Ha llegado. Se la subimos a la 724.

(Cinco minutos después. Elipsis de pasillos y ascensores).

—Aquí la tiene.

Cierro la puerta y nos miramos a la cara. Le hablo con ojos de «mira, niña, ya eran horas. Cinco días de fiesta sin dar noticias me parece mucho para nosotros. Tú sabes cuánto te quiero, lo que te deseo, lo que te necesito».

Luego voy a abrirla y compruebo que ya está abierta. Ejem. «O sea, que encima de perderte vienes abierta, no quiero preguntarte. Me has salido un poco ligerita de ruedas». Luego compruebo que está todo. Maldita maleta *trupera*.

«Todos tenemos una historia», parece decirme con su cremallera negra. No quiero mirarla a los ojos porque algo ha hecho en cinco días y no lo sabré nunca. Lo mismo los almacenes donde se pierden las maletas son *raves* discotequeras con drogas y alucinógenos. Vete a saber. Hago como un padre: callar y dejarla en su habitación. Me huele que en estos cinco días ha estado liada con un maletín.

LAS GAFAS DE VERTE

Cuando se limpió las gafas, se dio cuenta de que no era ella con la que había quedado. Era otra. Otro bar. Otra ciudad. Pero «ella», por cortesía, lo dejó hablar. Los parroquianos bebían a esas horas de la mañana y se abrigaban, también con bufandas. Los miraban desde la barra, donde el codo se empina y se apoya con igual



fuerza. La pareja tenía una edad similar, pero parecían de mundos lejanos, distintos; se habían sentado en la mesa de la esquina, donde la ventana, y no sabían qué decirse.

Este observador que escribe fingía que salpicaba palabras en su pantalla de ordenador con orden y concierto, pero solo tecleaba *qwerty*, *azerty*, *dvorak*, *colmak* para disimular. Ellos hablaban con pudor y misterio. Se miraban más allá de las pupilas, donde están los sueños de futuro y los recuerdos del pasado. Él pidió un café con leche y ella, un expreso. El camarero lo sirvió con rapidez, confundiendo la comanda. Se miraron. Y, en el sentido de las agujas del reloj, cambiaron las tazas de plato. Tú aquí, yo allí. Los dos. Ella sacó un libro del bolso y se lo tendió, era *Je l'aimais*, de Anna Gavalda. Un libro usado, leído y... con dedicatoria vieja. Él la leyó varias veces. Estuvo un largo rato apretando los labios y titubeando con las manos sobre las páginas, recorriendo las letras de su firma como si volviera a estamparla con aquel ímpetu y a sentir el trazo.

No puedo decir cuánto tiempo transcurrió.

Qwerty, azerty, dvorak, colmak.

Este que escribe siguió con sus ejercicios de mecanografía y lamentó que el camarero subiera el volumen de la música

hasta llenar el aire. Sin embargo, a ella le gustó la canción que sonaba. Eso la devolvió a la vida. Sonrió primero. Habló de cuando estaban juntos, de lo feliz que la hizo el viaje a Lisboa, de su manía por poner los libros tumbados —«para que no se escurran las letras»—, de la casa en el campo, de la camada de perros que inundó salón, pasillo, sofá y vida, de su gusto por el agua con gas y limón, del primer coche, de la moto en la que se rompió la tibia, del casco con sus iniciales, del reloj de pulsera, de su forma de dormir y roncar, de las películas los miércoles, la cena los jueves y el teatro de los viernes, de las ausencias los fines de semana, de los silencios, de las llamadas extrañas, de las mentiras, de la primera palabra en voz alta, del grito, del portazo y del adiós.

Este que escribe tecleó «adiós» en reverberación a su voz.

El chico se dio cuenta de que ella era otra. Que aquella de los jueves era nueva. Ajena. Ella volvió a coger el libro con el *tequiero* escrito en mayúsculas y le pareció que las ocho letras no eran más que letras. Vocales y consonantes con las que aprender a escribir mecanografía. Desordenadas. Le dejó la novela sobre la mesa y se fue. Pareció que volaba sin peso. Ligera.

Esto último fue una sensación de este que escribe.

DIEZ AL DÍA

«¿Me puedo sentar contigo?». Le he dicho que sí y el hombre ha arrastrado una silla y se ha desplomado en la mesa donde yo estaba desayunando. «¿Puedo contarte algo? Necesito ayuda». El café se ha enfriado con sus palabras. Y yo también. La desespera-

ción de ese padre cuando me ha dicho que su hija ha pasado a ser uno de esos invisibles que cada día se suicidan ha congelado la calle entera.

Diez personas al día se suicidan. Diez. No quiero echar cuentas porque como se supone que esta noticia es invisible, debería ser yo también mudo y no contarla. Pero no puedo. Sigo.

Carlos me ha hablado del dolor, del silencio ante el drama y del consabido y coreado precepto que insiste en que los periodistas no debemos hablar del tema porque es contagioso. ¿Contagioso? ¿Efecto dominó? ¿De qué estamos hablando? Hay diez personas que se suicidan cada día en España y nadie habla del suicidio. Nadie da charlas en los colegios. Nadie atiende a los que tal vez necesitan ayuda. Nadie les escucha. Es un gravísimo dato sordo.

El dolor ante la ausencia del invisible —y el peor dolor, el de la culpabilidad y del «cómo no me di cuenta»— es gigantesco y oculto. Qué paradoja. Ese sufrimiento es mudo. Todos se callan. Y también callamos los periodistas, porque nos han dicho que hablar del suicidio es peor. ¿Sí? ¿Tú lo crees?

La hija de Carlos les dejó una carta. No sé qué pone en ese folio porque cuando me lo estaba narrando había tanto ruido en su dolor como en su grito ahogado. Carlos no lloraba. Estaba agarrrotado. Mi café esperaba frío, la tostada, la compra en la otra silla. Esa normalidad que asusta cuando deja de serlo. Carlos pedía ayuda. Y lo entendía bien porque, desgraciadamente, no soy ajeno a la tragedia. «No podemos estar callados, deben ayudar a los jóvenes, deben hablarles, deben poner en marcha medidas para prevenirlo», me decía en voz baja, como si no quisiera molestar-me con su dolor.